

BR1022
.M5
v.3
1880-81

MADRID: 1881.—IMPRESA DE F. MAROTO É HIJOS, PELAYO, 34

HISTORIA

DE LOS

HETERODOXOS ESPAÑOLES

LIBRO VI

DISCURSO PRELIMINAR

No de los caracteres que más poderosamente llaman la atención en la heterodoxia española de todos tiempos, es su falta de originalidad; y esta pobreza de espíritu propio sube de punto en nuestros contemporáneos y en sus inmediatos predecesores. Si alguna novedad, aunque relativa, y sólo por lo que hace á la forma del sistema, lograron Servet y Miguel de Molinos, lo que es de nuestros disidentes del pasado y presente siglo, bien puede afirmarse, sin pecar de injusticia ó preocupación, que se han reducido al modestísimo papel de traductores y expositores, en general malos y atrasados, de lo que fuera de aquí estaba en boga. Siendo, pues, la heterodoxia española ruin y tristísima secuela de doctrinas é impulsos extraños, necesario es dar idea de los orígenes de la impiedad moderna, de la misma suerte que expusimos los antecedentes de la Reforma antes de hablar de los protestantes españoles del siglo XVI. La negacion de la divinidad de Cristo es la grande y capital herejía de los tiempos modernos; aplicacion lógica del libre exámen, proclamado por algunos de los corifeos de la Reforma, aunque ninguno de ellos calculó su alcance ni sus consecuencias, ni se arrojó á negar la autoridad de la revelacion. Las herejías

010608

parciales, aisladas, sobre tal ó cual punto del dogma, las sutilezas dialécticas, las controversias de escuela, no son fruto de nuestra era. El que en los primeros siglos cristianos se apartaba de la doctrina de la Iglesia en la materia de *Trinidad*, ó en la de *Encarnacion*, ó en la de *justificacion*, no por eso contradecía en los demás puntos el sentir ortodoxo, ni mucho ménos negaba el carácter divino de la misma Iglesia y de su Fundador. Por el contrario, la herejía moderna es radical y absoluta: herejía sólo en cuanto nace de la Cristiandad; apostasia, en cuanto sus sectarios reniegan de todos los dogmas cristianos, cuando no de los principios de la religion natural y de las verdades que por sí puede alcanzar el humano entendimiento. Esta es la impiedad moderna en sus diversos matices de ateísmo, deísmo, naturalismo, idealismo, etc.

La filiacion de estas sectas se remonta mucho más allá del Cristianismo, y al lado del Cristianismo han vivido siempre más ó ménos oscurecidas, y saliendo rara vez á la superficie, antes del siglo XVII. Todos los yerros de la filosofía gentil, todas las aberraciones y delirios de la mente humana, entregada á sus propias fuerzas, entibadas y enflaquecidas por la pasion y la concupiscencia, tuvieron algunos, si bien rarísimos, sectarios, aun en los siglos más oscuros de la Edad Media. ¿Qué son sino indicios y como primeros vislumbres del positivismo ó empirismo moderno las teorías de Roscelino y de otros nominalistas de la Edad Media, ménos audaces que su maestro? ¿No apunta el racionalismo teológico en Abelardo? Y esto antes de la introduccion de los textos orientales, y antes del influjo de árabes y judíos, inspiradores del panteísmo de Amauri de Chartres y David de Dinant, los cuales redujeron la alta doctrina emanatista de la *Fuente de la vida*, de Avicbron, á fórmulas ontológicas brutales y precisas, sacando de ellas hasta consecuencias sociales, y dando á su filosofía carácter popular, por donde vino á ser eficacísimo auxiliar de la rebelion albigense. Pero entre todos los pensadores de raza semítica importados á las escuelas cristianas, ninguno influyó tanto ni tan desastrosamente como Averroes, no sólo por sus doctrinas propias, del *intellecto uno* ó de la razon impersonal, y de la eternidad del mundo, sino por el apoyo que vino á prestar su nombre á la impiedad grosera y materialista de la córte de Federico II y de los últimos Hohenstaufen. La fórmula de esta escuela, primer vagido de la impiedad moderna, es el título de aquel fabuloso libro *De tribus impostoribus*, ó el cuento de los tres anillos de Boccacio. Esta impiedad averroista, que en España sólo tuvo un adepto, y muy oscuro, y que

de la Universidad de París fué desarraigada, juntamente con el averroísmo metafísico y sério, por los gloriosos esfuerzos de Santo Tomás y de toda la escuela dominicana, floreció libre y lozana en Italia, corroyendo las entrañas de aquella sociedad mucho más que el tan decantado paganismo del Renacimiento. El Petrarca, maestro de los humanistas, detestó y maldijo la barbárie de Averroes: complaciéronse los artistas cristianos en pintarle oprimido y pisoteado por el Angel de las Escuelas; pero, así y todo, el *comentador* imperó triunfante, no en las áulas de Florencia, iluminadas por la luz platónica que volvian á encender Marsilio Ficino y los comensales del magnífico Lorenzo, sino en Bolonia y en Pádua, foco de los estudios jurídicos, y en la mercantil y algo positivista Venecia.

Al mismo tiempo que con la Reforma, tuvo que lidiar la Iglesia en el siglo XVI contra los esfuerzos, todavía desligados é impotentes, de éstas más radicales heterodoxias, que, por serlo tanto, no lograban prestigio en el ánimo de las muchedumbres, y eran alimento de muy pocos y solitarios pensadores, odiados igualmente por católicos y protestantes. Fuera del averroísmo, que en las Universidades ya citadas tuvo cátedras hasta mediados del siglo XVII, y en Venecia impresores á su devocion, á pesar de lo largo y farragoso de aquellos comentarios y del menosprecio creciente en que iban cayendo el estilo y las formas de la Edad Media, lo que es en cuanto á las demás impiedades, no se descubre rastro de escuela ni tradicion alguna. Negó Pomponazzi la inmortalidad del alma, porque no la encontraba en Aristóteles, segun su modo de entenderle, ni ménos en su comentador Alejandro de Afrodisia; condenó sus ideas el Concilio Lateranense de 1512; impugnáronlas Agustín Nifo y otros muchos, y realmente tuvieron poco séquito, cayendo muy luego en olvido, hasta tal punto, que sólo muy tímidas y embozadas proposiciones materialistas, y éstas en autores oscurísimos, pueden sacarse de la literatura italiana de los siglos XVI y XVII. Más dañosa fué la inmoralidad política de Maquiavelo, basada toda en el interés personal y en aquella inícuca razon de Estado, sin Dios ni ley, que tantos desafueros y perfidias ha cubierto en el mundo. Los libros del secretario florentino fueron el catecismo de los políticos de aquella edad, y aunque sea cierto que Maquiavelo no ataca de frente, y á cara descubierta, el Cristianismo, no lo es ménos que en el fondo era, más que pagano, impío, no sólo por aquella falsa idea suya de que la fé habia enflaquecido y enervado el valor de los antiguos romanos, y dado al traste con su imperio y con la grandeza italiana, sino por su

abierta incredulidad en cuanto al derecho natural y al fundamento metafísico de la justicia; por donde venía á ser partidario de aquellas doctrinas que hicieron arrojar de Roma á Carneades, y progenitor de todas las escuelas utilitarias que, desde Bentham, y antes de Bentham, han sido lógica consecuencia del abandono, de la negación ó del extravío de la filosofía primera. Todo sistema sin metafísica está condenado á no tener moral. Vanas é infructuosas serán cuantas sutilezas se imaginen para fundar una ética y una política sin conceptos universales y necesarios de lo justo y de lo injusto, del derecho y del deber, ora lo intente Maquiavelo á fuerza de experiencia mundana y de observación de los hechos, ora pretenda sistematizarlo Littré en su grosera doctrina del *egoísmo* y del *otroísmo*.

Más alcance, más profundidad y vigor de fantasía demuestran las obras de Giordano Bruno, ingénio vivo y poético, enamorado del principio de la unidad y consustancialidad de los séres, antiguo sueño de la escuela de Elea. Sino que el panteísmo de Giordano Bruno, predecesor del de Schelling, no es meramente idealista y dialéctico, como el de los eleatas, antes cobra fuerza y brío de su contacto con la tierra, y del poderoso elemento naturalista que le informa. Por eso no concibe la esencia abstracta é inerte, sino en continuo movimiento y desarrollo de su sér, y pone en la causalidad el fondo de la existencia, y ve á Dios expreso y encarnado en las criaturas (*Deus in creaturis expressus*) que constituyen una vida única, de inmensa é inagotable realidad. Bruno ya no es cristiano: es del todo racionalista; y lo mismo puede afirmarse de Vanini, napolitano como él, pero que no pasó de averroísta y ateo vulgar, más célebre por la gracia de su estilo y por lo desastrado de su fin, que por la novedad ó trascendencia de sus ideas.

La misma Reforma contribuyó, aunque indirectamente, á desarrollar estas semillas impías. Muy pronto y por virtud de la lógica innata en los pueblos del Mediodía, los italianos y españoles que abrazaron el Protestantismo rompieron las cadenas de la ortodoxia reformada, arrojándose á nuevas y audaces especulaciones, especialmente sobre el dogma de la Trinidad, ora resucitando las olvidadas herejías arrianas y macedonianas, y las de Paulo de Samosata y Fotino, ora discurriendo nuevos caminos de errar, que paraban, ya en el panteísmo ó *pancristianismo* de Miguel Servet, ya en el deísmo frío y abstracto de los Socinos de Siena. Nacida en Italia la secta de los socinianos, y difundida en Polonia, Hungría y Transilvania, llegó á ser poderosísimo auxiliar de los progresos de la filosofía anticristia-

na. El mismo Voltaire, y todos los deístas del siglo pasado, lo reconocen.

En Italia y en España, la poderosa reacción católica, sostenida por tribunales como nuestra Inquisición, por reyes y Pontífices como Felipe II, Paulo IV, Sisto V, y por el grande y admirable desarrollo de las ciencias eclesiásticas en la segunda mitad del siglo XVI, evitó que estos gérmenes llegasen á granazon, y redujo sus efectos al carácter de aberración y accidente; pero no así en Francia, donde el tumulto de las guerras religiosas, y el contagio nacido de la vecindad de los países protestantes, y la duda y desaliento que por efecto de la misma lucha se apoderó de muchos espíritus, y quizá malas tradiciones y resabios del *esprit gaulois* del siglo XIV, tocado de incurable ligereza y áun de menosprecio de las cosas santas, bastaron á engendrar cierta literatura escéptica, grosera y burlesca, cuyo más exímio representante es Rabelais, y á la cual, más ó ménos, sirvieron Buenaventura Desperiers en el *Cymbalum mundi*, y hasta Enrique Estéfano (acusado y perseguido como ateo por los calvinistas de Ginebra), en su *Apología de Herodoto*. Con más seriedad, aunque no mucha, y con otra manera de escepticismo, no batalladora ni agresiva, sino plácida y epicúrea, como que cifraba su felicidad en dormir sobre la almohada de la duda, escribió Montaigne sus famosos *Ensayos*, ricos de sentido práctico y de experiencia de las cosas de la vida, y donde hasta los lugares comunes de moral filosófica adquieren valor por la maliciosa ingenuidad y la gracia de estilo del autor, á quien siguió muy de cerca Charron en su libro *De la Sagesse*. Ni uno ni otro eran tan escépticos como nuestro Sanchez; pero Sanchez era buen creyente, y dudaba sólo del valor de la ciencia humana, mientras que Montaigne, en són de defender á Raimundo Sabunde, socava los fundamentos y pruebas de la religion revelada, y hasta de la natural. ¡Donosa defensa de la teología natural de Sabunde, decir que sus argumentos son débiles, pero que no hay otros más fuertes y poderosos que demuestren las mismas verdades!

Á los que en Francia seguían éste y otros modos análogos de pensar, se los llamó en el siglo XVI *Lucianistas*, por su semejanza con el satírico Luciano, mofador igualmente del Paganismo y del Cristianismo, y en el siglo XVII *libertinos*, llegando á adquirir entre ellos cierta fama, durante la menor edad de Luis XIII, el mediano poeta Teófilo de Viaud, sobre todo por las acres inectivas que contra él disparó el jesuita Garasse, y por el duro castigo con que fueron reprimidas sus blasfemias. Otros nombres más ilustres han querido al-

gunos afiliar á este partido, y entre ellos á La Motte Le Vayer, apologista de las virtudes de los paganos, y al bibliotecario Gabriel Naudé, impugnador de los sobrenaturales efectos de la magia.

El esplendor católico y monárquico del reinado de Luis XIV oscurece y borra la tibia claridad de toda esta literatura desmandada y aventurera. Cuando hablaban Fenelon y Bossuet, cuando Pascal esbozaba su *Apología del Cristianismo*, reducida hoy á la forma fragmentaria de *Pensamientos*, donde es de sentir que el tradicionalismo ó escepticismo místico tenga tanta parte, ¿qué habian de importar las estériles protestas de algunos refugiados en Holanda, hijos del calvinismo, y que del calvinismo habian pasado á la impiedad, ni qué papel habia de hacer el epicureismo mundano y galante que se albergaba en los salones de Ninon de Lenclos? Tan grande y poderoso era el espíritu católico de la época, que atajó, por de pronto, hasta los efectos del cartesianismo y de la duda metódica, y del psicologismo exclusivo que en él andaban envueltos. Y ni siquiera Espinosa, desarrollando por método geométrico el concepto cartesiano de la sustancia, en los dos modos de infinita extension y pensamiento infinito, y formando el sistema panteísta más lógico y bien trabado de cuantos existen, bastó á abrir los ojos á tantos católicos como de buena fé *cartesianizaban*. Ni vieron que el hacer tabla rasa de cuanto se habia especulado en el mundo, y encerrarse en la estéril soledad de la propia conciencia, sin más puerta para pasar del orden ideal al real que un sofisma de tránsito, era sentar las bases de toda doctrina racionalista, y dejar en el aire los fundamentos de la certeza, y hacer la ontología imposible.

Con ser el cartesianismo filosofía tan mezquina, si es que el nombre de filosofía y no el de motín anárquico merece, aún encerraba demasiada dosis metafísica para que fuera grato al paladar de los pensadores del siglo XVIII. Ni pudo elevarse ninguno de ellos á la amplia concepcion de la *Ética* de Espinosa, ni entendieron tal libro, ni le leyeron apenas, y si hicieron sonar el nombre del judío de Amsterdam como nombre de batalla, fué porque le consideraban como ateo vulgar, semejante á ellos, y por el *Tratado teológico-político*, del cual sólo vieron que impugnaba el profetismo y los milagros, y la divina inspiracion de los libros de la Escritura.

Mucho más que Espinosa les dió armas Pedro Bayle con su famoso *Diccionario*, enorme *congeries* de toda la erudicion menuda amonada por dos siglos de incesante labor filológica: repertorio de extrañas curiosidades, aguzadas por el ingenio cáustico, vagabundo y

maleante del autor, enamorado, no de la verdad, sino del trabajo que cuesta buscarla, y amigo de amontonar nubes, contradicciones, paradojas y semillas de duda, sobre todo en materias históricas.

Diferente camino habian llevado las cosas en Inglaterra, recién trabajada por la discordia de las sectas protestantes. Allí habia nacido una filosofía, que con no ser indígena (porque en su esencia ninguna filosofía lo es), se ajustó maravillosamente al carácter práctico, positivo, experimental y antimetafísico de la raza que en el siglo XIV habia producido un tan gran nominalista como Guillermo Occam. Esa filosofía empírica es la del canceller Bacon, despreciador de toda especulacion acerca de los universales, y de toda filosofía primera, y atento sólo á la clasificacion de las ciencias y al método inductivo, cuyos cánones habia formulado antes que él nuestro Vives, pero sin exagerar el procedimiento, ni hacerle exclusivo, ni soñar en que Aristóteles no le habia conocido y practicado, ni reducir la ciencia á la filosofía natural, y ésta descabezada. Consecuencias lógicas de tal direccion y manera de filosofar son el materialismo fatalista de Hobbes, que con crudeza implacable le aplicó á los hechos sociales, deduciendo de su contemplacion empírica la apología del gobierno despótico y de la ley del más fuerte; el sensualismo de Locke, con aquélla su hipócrita duda de si Dios pudo dar inteligencia á la materia por alguna propiedad desconocida; y los ataques, al principio embozados y luego directos, que contra el dogma cristiano empezaron á dirigir Toland, Collins, Shaftesbury, Bolingbroke y muchos otros deístas, naturalistas y *optimistas*, en cuyos libros se apacentó un jóven francés, educado en la corrupcion intelectual y moral de la Regencia, riquísimo en gracias de estilo, y hábil para asimilarse el saber ajeno y darle nueva y agradable forma. Hemos llegado á Voltaire.

De Voltaire trazó el más admirable retrato José de Maistre en dos elocuentísimas páginas de sus *Noches de San Petersburgo*. Nunca el génio de la diatriba y el poder áspero y desollador del estilo han llegado más allá. Solo el *vidente* y puritano Carlyle, en cierto pasaje de su *History of the french revolution*, ha acertado á decir de Voltaire algo, si ménos elocuente, aún más terrible y amargo.

Voltaire es más que un hombre, es una legion; y á la larga, aunque sus obras, ya envejecidas, llegaran á caer en olvido, él seguiria viviendo en la memoria de las gentes, como simbolo y encarnacion del espíritu del mal en el mundo. Entendimiento mediano, reñido con la metafísica y con toda abstraccion; incapaz de enlazar ideas ó

de tejer sistemas, ha dado su nombre, sin embargo, á cierta deprecación y dolencia del espíritu, cien veces más dañosa á la verdad que la contradicción abierta. ¿Quién sabe á punto fijo lo que Voltaire pensaba en materias especulativas? Tómense aquellos libros suyos que más se parecen á la filosofía: el *Tratado de metafísica* (así llamado por irrisión), el opúsculo que se rotula *Il faut prendre un parti, ou le principe d'action*, y á vueltas de la increíble ligereza con que están escritos, sólo se hallará en el fondo de todo cierto superficial y vulgarísimo *deísmo*.

Voltaire nunca fué ateo: quizá le libró de ello su admiración al Dios de Newton; pero, ¡cuán pobre y mezquinamente razona esta creencia suya! ¡Por cuán triviales motivos se inclinaba á admitir la inmortalidad del alma! De sus obras no puede sacarse filosofía ni sistema alguno: habla de Descartes, de Leibnitz, de Malebranche, sin entender lo mismo que impugna, y rebaja y empequeñece el sensualismo de Locke al aceptarle. Voltaire no pesa ni vale en la historia sino por su diabólico poder de demolición y por la maravillosa gracia de su estilo, que, así y todo, y en medio de su limpieza, amenidad y tersura, carece en absoluto de seriedad y de verdadera elocuencia. Puso la historia en *sofía* (como vulgarmente se dice), considerándola como ciego mecanismo, en que de pequeñas causas nacen grandes efectos, materia de risa y de facecias inagotables, en que lo divino y lo humano quedan igualmente mal parados. ¡Y qué exegesis bíblica la suya, digna, no de Espinosa, ni de Eichornn, ni de la escuela de Tubinga, sino de cualquier lupanar, taberna ó cuerpo de guardia! Ese hombre ignoraba el hebreo y el griego, y pretendía impugnar la autenticidad de los sagrados textos, tan cerrados para él como el libro de los siete sellos. Se creía poeta, y no percibía ni un átomo de la belleza de las Escrituras, y tenía valor para enmascarar en ridículas y groseras parodias las sublimes visiones de Ezequiel, el libro de Job, y los enamorados suspiros de la Sulamita. Parece como que Dios, en castigo, le hirió de radical impotencia para toda poesía noble y alta. Ni la comprendía, ni acertaba á producirla, ni sabía de más arte que del convencional, académico y de salón. ¡Tales tragedias frías y soporíferas hizo él! ¿Ni qué sentido hondo y verdadero de la hermosura había de tener el hombre para quien Isaias era fanático extravagante y Shakespeare salvaje beodo?

Dios había enriquecido, no obstante, aquella alma con ciertas dotes soberanas, todas las cuales el torció y pervirtió. De su estilo ya queda indicado que es la transparencia misma, y debe añadirse que

en manos suyas es como blanda cera, apta para recibir cualquiera forma. Escribió de todo, y con extraordinaria falta de ciencia y de sosiego, pero siempre con elegancia, facilidad y agrado. Dió extensión á la lengua francesa, y le quitó profundidad, aparte de haberla arrastrado por los suelos y prostituido indignamente. Tenía todas las malas cualidades de su nación y de su raza, y, sobre todas, el espíritu liviano y burlador que atropella por lo más sagrado á trueque de lograr un chiste. Así manchó de torpe todo la figura más virginal é inmaculada de la historia de Francia.

Leído hoy Voltaire, no provoca la risa inagotable que en sus contemporáneos excitaba, ni tampoco el terror que en nuestros católicos abuelos producía su nombre. Mueve á indignación unas veces, otras á lástima. No eran mejores la mayor parte de los hombres del siglo XVIII; pero ninguno tenía el talento de escritor que él, y ninguno hizo tanto daño. En aquella espantosa saturnal, que se inicia con la Regencia y acaba con la Revolución, su voz se levanta sobre todas, y se oye de un cabo á otro de Europa, contribuyendo á ello la universal difusión de la lengua francesa, lo rápido y animado de aquellos *pamphlets* anticristianos, la mezcla de burlas y veras, y de reclamaciones contra verdaderos abusos sociales, jurídicos y económicos, la aparente claridad de un espíritu móvil é inquieto, que, con no llegar jamás al fondo de las cosas, halagaba la pereza intelectual y el desvío de la atención seria y fecunda; y finalmente, todos los instintos carnales, groseros y materialistas, invocados por la nueva filosofía como auxiliares útiles y razones de peso. Así logró Voltaire su *hegemonía*, de que no hay otro ejemplo en el mundo. Así se jactó de haber hecho en su siglo más que Lutero y Calvino. ¿Qué teatro de Europa hubo, desde Madrid á San Petersburgo, donde no se representasen sus tragedias, en que la monotonía y falsedad del género están avivadas por dardos más ó menos directos contra el ministerio sacerdotal y el *fanatismo*, que él personifica en sacerdotes griegos, ó en mandarines chinos, ó en el falso profeta Mahoma, ó en los conquistadores de América, no atreviéndose á herir de frente al objeto de sus perennes rencores? ¿Hubo apartada región á donde no llegasen el *Diccionario filosófico* y el *Ensayo sobre las costumbres*? ¿Qué dama elegante ó hombre de mundo dejaron de leer sus malignos y saladísimo cuentos, el *Cándido* y el *Micromegas* (tan inferiores, con todo eso, en profundidad y amargura, á las tristes y misantrópicas invenciones de Swift), obras que, en són de censurar el optimismo leibnicense y el antiguo sistema del mundo, destilan la más corrosiva, des-

piadada y sacrilega burla de la Providencia, de la libertad humana y de todos los anhelos y grandezas del espíritu? No llamemos á Voltaire pesimista, ni hagamos á Leopardi, á Schopenhauer y á Hartmann la afrenta de compararlos con este *ximio de la filosofía*, incapaz de sentir tan altos dolores, ni de elevarse á las metafísicas de la desesperacion, de la muerte, del aniquilamiento ó *nirvana*, y de la voluntal fatal é inconsciente. No cabian tales ideas en la cabeza de aquel epicúreo práctico, cortesano y parásito de reyes, de ministros y de favoritas reales. Su filosofía era la que expuso en los versos del *Mundano*: *Júpiter, al crearnos, hizo un chiste muy frio y sin gracia; pero, ¿cómo remediarlo? Despues de todo, ¡qué gran edad es esta edad de hierro!* Lejos de pensar en revoluciones ni soñar con la libertad de los pueblos, el patriarca de Ferney se enriquecía con pensiones, donaciones y mercedes, viniesen de donde vinieran, y hasta con el tráfico de negros. El carácter bajo y ruin del hombre está al nivel de la sublimidad del pensador. Envidió á Montesquieu; persiguió y delató á Rousseau; destruyó indignamente la *Merope* de Maffei, despues de haberla plagiado; calumnió sin pudor á sus adversarios y á sus amigos; mintió sin cesar y á sabiendas; escribió de Federico el Grande horrores dignos de Suetonio, despues de haberse arrastrado como vil lacayo por las antecámaras de Postdam; y finalmente, *para dar buen ejemplo á sus colonos*, solía *comulgar* en la iglesia de Ferney. ¿Qué cosa humana ó divina hubo que no manchase con su aliento?

Pero Voltaire, entregado á sus propias fuerzas, no hubiera llegado al cabo de su empresa de Anticristo sin el concurso voluntario ó ciego de todas las fuerzas de su siglo, el más perverso y amotinado contra Dios que hay en la historia. Reyes, príncipes, magnates y nobles, como poseídos de aquella ceguera, presaga de ruina, que los dioses paganos mandaban sobre aquéllos á quienes querian demantar, pusieron el hacha al pié del árbol, y hasta dieron los primeros golpes. En Prusia Federico II, en Rusia Catalina, en Austria José II, en Portugal Pombal, en Castilla los ministros de Carlos III, se convirtieron en heraldos ó en despóticos ejecutores de la revolucion impia, y la llevaron á término, á mano real y contra la voluntad de los pueblos. Las clases privilegiadas se contagiaron donde quiera de volterianismo, mezclado con cierta filantropía sensible y empalagosa, que venia de otras fuentes, y que acaba de imprimir carácter al siglo.

En medio de aquella orgía intelectual, casi es mérito de Montesquieu haber dado á sus teorías políticas cierta moderacion relativa,

cierto sabor práctico é histórico á la inglesa, aunque resbaló en la teoría fatalista de los climas, aplicada á la legislacion, y bien á las claras mostró su indiferencia religiosa en todo el proceso del libro.

Pero no fué éste el código de los políticos de la edad subsiguiente, sino la cerrada y sistemática utopia del *Contrato social*, que erigió en dogma la tiranía del Estado, muerte de todo individualismo, con ser el autor del *Contrato* muy individualista á su modo, y aún apologista de la vida salvaje y denigrador de la civilizada. La vida de Rousseau, que él cuenta á la larga y con cínicas menudencias en sus *Confesiones*, es, de igual suerte que sus escritos, un tejido de antinomias. En filosofía era algo más espiritualista que lo que consentia la moda del tiempo, y en religion no se detenía tampoco en el deísmo abstracto, sino que llegaba á cierta manera de cristianismo antitrinitario, láico y sociniano. Tal es, á lo ménos, la doctrina que parece sacarse en limpio de su *Confesion del Vicario saboyano* y de las *Cartas de la Montaña*. En política era demócrata, y no por más altos motivos que por haber nacido en condicion plebeya y humilde (que él llegó á realizar con el entendimiento, nunca con el carácter), y por mirar de reojo toda distincion y privilegio, y juzgarse humillado en aquella sociedad, que, sin embargo, le recibió con los brazos abiertos, y no se cansó de aplaudir sus paradojas sobre la desigualdad de las condiciones y el influjo de las ciencias y de las artes en la corrupcion de los pueblos. Dióse á moralizar el mundo en nombre de la *sensibilidad*, palabra de moda en el siglo XVIII, y que en su vaga y elástica significacion cubria extraña mezcla de sofismas, de lugares comunes y de instintos carnales. Copiosas lágrimas vertieron las damas de aquella era con la lectura de *Julia*, ó *la nueva Heloisa*, novela en cartas que hoy nos hace dormir despertos, y no porque el estilo deje de tener extraordinaria riqueza de frases, y calor y movimiento en ocasiones, sino porque casi todo es allí falso y convencional, y más veces retórico que elocuente; de tal modo, que ni la pasion es pasion, ni el mismo apetito se desata franco y descubierto, sino velado con mil cendales y repulgos de dicion, ó desleído en pedantescas disertaciones, con acompañamiento de moral práctica y hasta de higiene.

Defectos parecidos, y aún mayores, tiene su *Emilio*, especie de novela pedagógica, en que todo es ficticio y calculado, todo se reduce á mezquinas sorpresas y pueriles disfraces; lo más contrario que puede haber á una educacion sana, generosa y ámplia, en que armónicamente se desarrollen todas las facultades humanas, sin miedo al

sol, á la luz ni á la vida. Pero, ¡qué idea tenía de esto Rousseau, que no da noción alguna religiosa á su alumno hasta que pasa de los umbrales de la juventud! ¡Y qué ausencia de sentido estético y de delicadeza moral, qué grosería de dómíne en la manera de contar y dirigir los amores de Emilio y Sofía!

No obstante, el libro entusiasmó, sobre todo á las mujeres, que en gran parte labraron la reputacion del filósofo de Ginebra. Muchas damas de alta prosapia se dieron á lactar ellas mismas á sus hijos, sólo porque en el *Emilio* se recomendaba esta obligacion natural. Las gentes que no querian pasar por materialistas y groseras, entraron en la comunión del *Vicario saboyano*. Apareció el tipo del *hombre sensible*, amante de la soledad y de los campos. Menudearon los idilios pedagógicos, y todo fué *panfletismo*, todo deliquios de amor social. Y vino, como en todas las épocas de decadencia, una verdadera inundacion de poesías descriptivas y de meditaciones morales; especie de reaccion y contrapeso á la literatura obscena y soez que manchó y afrentó aquel siglo, desde los cuentos de Crebillon, hijo, y los *Bijoux Indiscrets* de Diderot, hasta el *Faublas* de Louvet ó las *Memorias de Casanova*, obras las más ferocemente inmundas que ha abortado el demonio de la lujuria.

No hubo siglo que más tuviera en boca el nombre de filosofía, ni otro más ayuno de ella. Desde los cartesianos hasta Condillac, el descenso es espantoso. Voltaire habia traído de Inglaterra, y puesto en moda, el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke; pero Locke, en medio de su empirismo, aún parecia demasiado metafísico, y lo es ciertamente, si se le compara con sus discípulos franceses. Para éstos fué axioma indiscutible que *pensar es sentir*. Condillac definió el pensamiento *sensacion transformada*. Aún cabia descender más, y Helvecio, en sus indigestos libros de *El Hombre* y de *El Espíritu* (que entonces se leyeron mucho por haber sido prohibidos), lo redujo todo á sensaciones físicas, y puso en el placer material el móvil y gérmen de todas las acciones heroicas y virtuosas. Destutt-Tracy, cuyos trabajos de Gramática general conservan cierto valor, declaró que *la ideología era parte de la zoología*. El médico Cabanis, que en sus *Investigaciones sobre lo físico y lo moral del hombre*, esparció tantas curiosas y sagaces observaciones, no sólo físicas, sino psicológicas, opinó que «el cerebro segregaba el pensamiento como el hígado la bilis». Todo esto (repite) se llamaba filosofía, y tambien *El Hombre Máquina* de La Mettrie, cuyo solo título indica fatalismo ó anulacion de la ley moral, pero que, así y todo, no da idea de las in-

creibles extravagancias de aquel gárrulo cirujano, v. gr., del poder que atribuye á la buena digestion en las obras de la virtud y del arte. Ni las bestias, si Dios les concediese por un momento la facultad de filosofar, habian de hacerlo tan rastreramente como los comensales de Federico II ó del baron de Holbach. La tertulia de este prócer alemán establecido en París, fué el primer club de ateísmo, y de allí salieron tan perversos engendros como el *Sistema de la Naturaleza* (donde se enseña en estilo de cocina la creacion del mundo por el concurso fortuito de los átomos), el *Código de la Naturaleza* y la *Moral Universal* (moral digna de tal cosmología), y tantos otros catecismos de ramplona incredulidad, que en su tiempo fueron horror de las gentes piadosas y escándalo de los débiles, y que hoy yacen empolvados, como armas envejecidas y mohosas, en los montones de libros de lance.

No á todos, ni á los materialistas mismos, satisfacía tan bajo modo de considerar al hombre y la naturaleza. Y más que nadie se impacientaba con las explicaciones de Holbach y Helvecio el famoso Diderot, cuyo nombre están hoy resucitando y ponderando los evolucionistas y darwinistas, porque no hay duda que los precedió en la doctrina de la trasformacion de las especies, siguiéndole en esto el naturalista Lamarck. Era Diderot ingenio vivo y de gran rapidez de comprension y movilidad de impresiones, admirable y poderoso en la conversacion, improvisador eterno, sin perfeccion ni sosiego en nada. Sembró los gérmenes de muchas cosas, casi todas malas (exceptuando sus doctrinas sobre el teatro, que él no supo desarrollar y aplicó de un modo prosaico y *bourgeois*, pero que luego fueron base de la *Dramaturgia* de Lessing), pero no llevó á cumplimiento acabamiento cosa alguna. Sus mejores escritos, v. gr., el diálogo que tituló *Le Neveu de Rameau*, son un verdadero *bric-à-brac*, donde todas las ideas se mezclan y confunden como en el tumulto y agitacion de las pláticas de sobremesa. Diderot fué en su siglo lo que hoy diríamos un *periodista*. De él viven más el nombre y la triste influencia que las obras. Unido con el eximio matemático D'Alembert, y poseídos uno y otro de la manía generalizadora propia de la época, emprendieron reducir á inventario y registro la suma de los conocimientos humanos en aquella famosa *Enciclopedia*, hoy de nadie consultada, y memorable sólo á título de fecha histórica. Algunos artículos de artes ó de crítica literaria aún pueden leerse con agrado, y es en su linea trozo notable el *Discurso preliminar* de D'Alembert, que ordena y clasifica las ciencias conforme al método de Bacon, y

hace breve historia de sus progresos, con relativa templanza y aun timidez de juicio, con académica elegancia de frase, y con infinitas omisiones y errores de detalle. Todo lo demás de la *Enciclopedia* yace en el olvido y no se levantará. Para su siglo fué máquina de guerra y legion anticristiana, en que todos sus enemigos, directos ó solapados, se conjuraron y unieron sus fuerzas.

No sólo á Francia, no sólo á los países latinos, Italia y España, se extendió el contagio. La misma Inglaterra, que había dado el primer impulso, se convirtió en humilde discípula de la impiedad francesa, y le dió discípulos que valian más que los maestros. Así el escéptico David Hume, cuya filosofía tiene mucha semejanza con lo que llaman ahora neo-kantismo, y el historiador Gibbon, ejemplo raro de erudicion en un siglo frívolo. ¡Lástima que quien tanto conoció los pormenores, no penetrase nunca el alto y verdadero sentido de la historia, y que, adorador ciego de la fuerza bruta y de la monstruosa opulencia y del inmenso organismo del Imperio Romano, sólo tuviera para el Cristianismo palabras de desdén, sequedad y mofa!

En países británicos tambien, sobre todo en Escocia, había nacido y fructificado por el mismo tiempo cierto linaje de estudios, que Adán Smith apellidó *Ciencia de la riqueza*, y que los modernos, aprovechando nombres de la terminología aristotélica, han llamado, ora *Crematística*, ora *Economía política*. Desarrollada en siglo incrédulo y sensualista, esta nueva disciplina salió contagiada de espíritu utilitario y bajamente práctico, como que aspiraba á ser ciencia independiente, y no rama y consecuencia de la moral. En las naciones latinas fué, además, muy desde sus comienzos, poderoso auxiliar de la revolucion impía, y ariete formidable contra la propiedad de la Iglesia.

Filósofos por un lado (aunque los llamemos así por antífrasis), y *fisicócratas* y economistas por otro, fueron acumulando los combustibles del grande incendio; y como todo les favorecía, y como el estado social era deplorable, faltando fé y virtud en los grandes, y sosedada obediencia en los pequeños; como la fuerza y autoridad moral de la Iglesia, única que hubiera podido resistir al contagio, iban viniendo á ménos por la creciente invasion escéptica, y por el abandono y ceguedad de muchos católicos, y hasta príncipes de la Iglesia, que por diversos modos la favorecían y amparaban; como de la antigua monarquía francesa habían huido las grandes ideas y los nobles sentimientos, y sólo quedaban en pié los hechos tiránicos y abusivos;

como la perversion moral había relajado todo carácter y marchitado la voluntad en los poderosos, infundiendo al mismo tiempo en las masas todo linaje de ódios, envidias y feroces concupiscencias, la Revolucion tenia que venir, y vino tan fanática y demoleadora como ninguna otra en memoria de hombres.

Cuando la fé se pierde, ¿qué es el mundo sino arena de insaciados rencores, ó presa vil de audaces y ambiciosos, en que viene á cumplirse la vieja sentencia: *Homo homini lupus*? En aquella Revolucion hubo de todo: ideas económicas y planes de reforma social al principio, cuando gobernaban Necker y Turgot; despues tentativas constitucionales á la inglesa; luego utopías democráticas y planes de república espartana; y á la postre, nivelacion general, horrenda tiranía del Estado, ó más bien, de una gavilla de facinerosos, que usurpaban ese nombre. Verdadera deshonra de la especie humana, que condujo, por término de todo, al despotismo militar, al cesarismo individualista y pagano, á la apoteosis de un hombre, que movía masas de conscriptos como rebaños de esclavos. ¡Digno término de la libertad sin Dios ni ley, apuntalada con cadalsos y envuelta en nubes de gárrula retórica!

Entre tanto la Iglesia parecia haber vuelto á los dias del Imperio Romano y de las catacumbas. Y con todo, aquella persecucion franca, sanguinaria y brutal; la constitucion civil del clero; las proscipciones y degüellos en masa; el culto de la diosa Razon; la fiesta del *Sér Supremo* y la sensiblería *rusoyana* de Robespierre; el deísmo bucólico y humanitario de los *teofilántropos*.... todo esto era mejor y ménos temible que la guerra hipócrita y solapada de los *católicos* y *cristianísimos* monarcas del siglo XVIII, y todo ello contribuía á inflamar de nuevo, ó á enardecer, cuando ya existía, el sentimiento religioso en muchas almas, produciendo maravillas de tan épico carácter como la resistencia de la Vendée. Bien conocia este poder de las ideas cristianas y tradicionales el mismo *uom fatale* que vino á recoger y difundir la herencia de la Revolucion. Y por eso no se descuidó, en los primeros años de su mando, cuando todavía no le descaaminaban y dementaban la ambicion y la soberbia, en traer cierta manera de restauracion católica en Francia, dando así firmísimo fundamento á su improvisado dominio, que se deshizo como estátua de barro apenas el omnipotente César rompió el valladar de lo humano y lo divino, y atribuló á la Iglesia en la persona de su venerando Pastor, y lanzó por el mundo sus feroces hordas á la cruzada atea, santificacion del derecho materialista de la fuerza. Toda accion

trae forzosamente la reaccion contraria. Las guerras napoleónicas produjeron un despertar de todas las conciencias nacionales, desde el seno gaditano hasta las selvas de Germánia. Y derribado el coloso, siguió la reaccion antifrancesa su camino, extendiéndose á la Religion y á la filosofía, pero no siempre con sentido católico, ni aún cristiano, sino limitándose á poner el espiritualismo contra el materialismo.

En Francia, el menoscabo y ruina de los estudios serios habia sido tal, que los mismos apologistas se resintieron de él en gran manera: no sólo Chateaubriand, con su catolicismo estético y de buen tono, tan mezclado de liga sentimental y aún sensual, sino el mismo José de Maistre, escritor poderosísimo entre los más elocuentes de este siglo, impugnador vigoroso y contundente del error, pero débil en la exposicion de su propia filosofía, como quien tiene tendencias ó impulsos, más bien que ideas claras y definidas; admirable cuando destroza á Bacon, á Locke y á Voltaire, y en ellos el espíritu del siglo XVIII, pero no tan admirable ni tan original en sus consideraciones sobre la Revolucion francesa ó en las teorías de la expiacion, calcadas sobre las del teósofo Saint-Martin. La escuela tradicionalista, que en su tiempo hizo buenos servicios á la Iglesia, y cuyo más exímio representante fué Bonald, nació con resabios de sensualismo, y erigió en dogma la impotencia de la razon, y el propagarse mecánico de las ideas por medio de la palabra. La tradicion divina ó humana fué para Bonald el principio de los conocimientos. El *consentimiento comun* fué para Lamennais el criterio de la verdad.

Con todo eso, el sensualismo iba perdiendo terreno, aún entre los hijos y herederos de las doctrinas del siglo XVIII, que cada dia eran modificadas y atenuadas en sentido espiritualista. Así el *sentimentalismo* de Laromigière sirvió de puente entre las antiguas escuelas empíricas y la experimentacion psicológica al modo escocés, de que fué importador Royer-Collard, insigne entre los campeones del doctrinarismo político. Este cambio de las ideas es visible en Maine de Biran, pensador enérgico y solitario, que desde el materialismo de su primera memoria *sobre el hábito*, llegó, no sólo á la concepcion espiritualista, sino al endiosamiento de la *voluntad* entre todas las facultades humanas; pero de la voluntad libre, individual y responsable, no de la voluntad ciega, fatal é inconsciente que invocan los pesimistas modernos. Al mismo tiempo, y no sin influjo del eclecticismo político desarrollado al calor de la primera restauracion, eran juzgadas con mayor templanza y equidad, y no con la irreverente mofa de

otros tiempos, las doctrinas religiosas, lo cual es de notar hasta en el pobrísimo libro de Benjamin Constant acerca de ellas. Hasta los utopistas sociales, v. gr., los sansimonianos, mostraban aspiraciones teológicas, y comenzaron á levantar la cabeza ciertas enseñanzas de cristianismo *progresivo, social y humanitario*, monstruosa confusion de lo terreno y lo divino. Así (y prescindiendo de Buchez) veíase sin sorpresa al neo-cartesiano y neo-platónico Bordes Demoulin introducir como elemento capital en su filosofía (mucho más ontológica que la de Descartes) la doctrina del pecado original y de la Encarnacion. La misma filosofía oficial de Victor Cousin y sus adeptos, aunque poco ortodoxa en la sustancia, y empeñada en continuas peleas con los defensores católicos de la libertad de enseñanza, mostraba exteriormente mucho respeto al dogma, y grande horror, junto con menosprecio, al grosero ateísmo de la *Enciclopedia*. Hasta los ecléticos que con más franqueza confesaban haber perdido la fé, v. gr., Jouffroy, se lamentaban amargamente de ello, como de una enfermedad tristísima de su corazon y de su mente.

Habia, pues, en la atmósfera intelectual de Francia muchos gémenes de reaccion cristiana; pero no cayeron en buena tierra ni en buena sazón, y los más de ellos se perdieron, por culpa, en gran parte, de ese mismo eclecticismo incoherente y vago, cuando no enfermizo, medio escocés y medio alemán, que no puso de suyo más que la retórica y la erudicion, ahogando pocas y no bien aprendidas ideas en un mar de palabras elegantes y de discretas aproximaciones.

Eran tiempos en que el cetro intelectual habia pasado á Alemania, teatro de extraordinaria revolucion filosófica, y de allí venian en desaseada y mal compuesta vestidura escolástica los contradictorios sistemas que, con brillantéz francesa é imperfecta amalgama, se difundian desde las cátedras de la Sorbona. ¿Para qué detenernos en tejer una historia, que, á lo ménos en sus líneas esenciales, nadie ignora? Cuando á fines del siglo pasado la escuela *wolfiana*, mezquino residuo de la de Leibnitz, resistía á duras penas, desde los sitiales universitarios y académicos, el embate de los vientos sensualistas de Francia, y del hondo escepticismo de David Hume, se levantó Manuel Kant á dar nueva direccion á la filosofía, sembrando los elementos de todas las construcciones que se han alzado despues. Su originalidad es toda de pensador crítico, y estriba en el análisis de nuestras facultades de conocer, el cual análisis kantiano, reduciendo el conocimiento al fenómeno ó apariencia sensible, y declarando impenetrables los *noumenos*, sirve de broquel á los positivistas, y por otra

parte, reduciendo las primeras nociones á formas subjetivas, abre la puerta al más desenfrenado idealismo. Éste vino primero, y el otro despues, sin que los efectos de la *Crítica de la razon pura* pudiera atajarlos Kant con la *Crítica de la razon práctica*, ni con su *imperativo categórico*, fundamento que quiere dar á la ética, ni con sus postulados de existencia de Dios, inmortalidad del alma y libertad moral, cosas inadmisibles todas en un sistema *fenoménico* y medio escéptico, que no responde del valor objetivo y sustancial de nada, ni siquiera del carácter necesario y universal de las leyes del pensamiento. Quien admita que Kant, en la discusion del problema crítico, invalidó los antiguos fundamentos de la certeza, y que son verdaderos paralogismos los que él dió por tales, ha de tener forzosamente por anticipaciones no razonadas el imperativo y los postulados de la *Razon práctica*. El error, lo mismo que la verdad, tiene su lógica, y por eso queda en pié la primera parte de la obra de Kant, aun despues que idealistas y positivistas han consentido en prescindir de la segunda.

La critica kantiana está en el fondo de la *doctrina de la ciencia* de Fichte, que no tuvo más que exagerar la teoría de las formas subjetivas para venir al más absoluto panteismo egoista ó *egolátrico*; y yace tambien, como *substratum*, en el *sistema de la identidad* de Schelling (el más elegante y artista, ó quizá el único artista entre los filósofos germánicos), cuya originalidad consiste, sobre todo, en la importancia que dió á la naturaleza como una de las manifestaciones de lo absoluto: sistema que viene á ser una viva y poética teosofía.

Hoy Schelling está olvidado, y es moda tratarle como á un retórico; y el racionalismo, que con tanta facilidad ensalza ídolos como los abate, está condenando á igual desdénso olvido la ciencia de Hegel, entendimiento de los más altos y vigorosos que desde Aristóteles acá han pasado sobre la tierra. Pero si de Hegel no vive la doctrina fundamental, viven todas las consecuencias, y los que más reniegan de su ablenço son tributarios suyos en filosofía natural, en estética, en filosofía de la historia y en derecho. No hay parte del saber humano donde Hegel no imprimiera su garra de leon. Todo lo que ha venido despues es raquítico y miserable, comparado con aquella arquitectura ciclópea. ¿Qué hacen hoy evolucionistas y trasformistas, Herbert Spencer (pongo por caso), sino materializar el *proceso dialéctico*? Parece imposible que en ménos de treinta años se hayan disipado aquellas grandezas intelectuales, la soberana abstraccion del sér próximo á la nada, la deslumbradora fantasmagoría en que

el sér y el conocer, la lógica y la metafísica, lo racional y lo real se reducian á suprema unidad, desarrollándose luego en áurea cadena y variedad fecundísima, siempre por modo trológico, sin que un solo anillo de la naturaleza ni del espíritu quedase fuera de la red. ¡Ejemplo singular y maravillosa enseñanza, que muestra cuán rápidamente mueren ó se suicidan los errores, y tanto más en breve, cuanto más orgullosa y titánica es su contradiccion con ese modesto criterio de verdad que llaman *common sense* los psicólogos escoceses!

¡Cuán triste es hoy el estado de la filosofía disidente! El ciclo abierto por Kant se cierra ahora, como en tiempo de los enciclopedistas se cerró el ciclo abierto por Descartes. Grande es la analogía entre uno y otro, y bien puede decirse que la rueda está hoy en el mismo punto que en 1789. ¡Tanto afanar para caer tan bajo! ¡Tanta descarriada peregrinacion por el mundo del espíritu, tanto fabricar ciudades ideales, tanto endiosamiento del *Yo* humano, tantas epopeyas de la *Idea*, tanta orgía ontológica y psicológica, para volver, por corona de todo, al *Sistema de la naturaleza* y al *Hombre Máquina*! ¡Qué amargo desengaño!

Lo que en los primeros cincuenta años de este siglo parecia manjar plebeyo y tabernario, reservado á los ínfimos servidores de la ciencia experimental, es hoy la última palabra del entendimiento humano. Una oleada positivista, materialista y utilitaria lo invade todo, y el cetro de la filosofía no está ya en Alemania ni en Francia, sino que ha pasado á la raza práctica y experimental por excelencia, á los ingleses, y de ellos pasará, y está pasando ya, á sus hijos los *yankees*, que harán la ciencia aún más carnal, grosera y mecánica que sus padres.

El progreso estupendo de las ciencias naturales y de la industria, ciega y ensoberece á muchos de sus cultivadores, que ayunos de toda teología y metafísica, quieren destruir estas ciencias ó niegan en redondo hasta la posibilidad de su existencia. Muchos naturalistas, los *enfants terribles* de la escuela, v. gr., Moleschott y Büchner, profesan un materialismo vulgar y á la antigua, al modo de Cabanis y de La Mettrie, sin mezcla ni liga metafísica de ningun género. Darwin es tambien simple naturalista, pero sus doctrinas de la seleccion natural y del origen de las especies sirven de base á un sistema de filosofía natural en la *Antropogenia* de Haeckel, y á una biología y sociología en Herbert Spencer. Ciertos positivistas ingleses, especialmente de los que escribieron hace algunos años, son del todo ajenos á estas especulaciones, y se reducen al papel de lógicos prudentes,

de moralistas utilitarios y de observadores sagaces de los fenómenos: así Stuart Mill, y antes que él su padre, los cuales, en general, no admitían otro nombre que el de filósofos de la *asociación de ideas* y de la *inducción*. Del positivismo francés, cuya primera fase está representada por Augusto Comte, queda la parte *negativa* y el método experimental como único; pero Littré y los demás discípulos serios de Comte han rechazado unánimemente los sueños teológicos y sociales del maestro, y su catecismo, ceremonias y ritos de una religión sin Dios. Casi tan risible como este culto son las tentativas de *metafísica positivista* que cada día vemos aparecer, como si el positivismo no implicase, á la vez que la negación de lo sobrenatural y de lo absoluto, que llaman *incognoscible*, la de toda filosofía y de cuantas especulaciones no se concreten al hecho ó fenómeno. Esa pretendida metafísica comienza á llamarse *monismo*.

Entre el estrépito y clamoreo que hoy sale de los laboratorios y anfiteatros, negándolo todo, hasta la idea de causa, apenas se deja oír la voz de otros escritores heterodoxos, más elegantes y cultos y de mejor tono, v. gr., Taine, Vacherot, Renan..... los que en Francia llaman *pensadores críticos*. Verdad es que ni ellos mismos dicen á punto fijo lo que piensan, y en ellos, como antes en los eclécticos, la lúcida facilidad de la exposición oculta lo inseguro y vacilante de la idea. Taine es casi positivista, y sólo se aparta de Stuart Mill y de los lógicos ingleses en la importancia que dá á la *abstracción*. Vacherot y Renan reducen á Dios á la categoría de lo ideal; pero Renan, notable orientalista y escritor elegante y deleitoso, aunque algo relamido, tipo y dechado de retórica y de estilo académico, lleno de timideces y salvedades, no debe su triste fama á la filosofía, sino á haber sido intérprete y vulgarizador en Francia, y por Francia en todos los países latinos, de la moderna exégesis racionalista sepultada en los indigestos volúmenes de la escuela de Tubinga. Pocos han tenido valor para leer la *Vida de Jesús* de Strauss: en cambio todos han leído los *Orígenes del Cristianismo*, logrando el autor fama extraordinaria y nada envidiable de Anticristo, á despecho de la fingida moderación y del hipócrita misticismo en que envuelve sus blasfemias.

La falsa ciencia anda hoy casi tan insurrecta contra Dios como en el siglo pasado. No hay descubrimiento, teoría ni hipótesis de las ciencias geológicas y antropológicas (tanto más audaces cuanto más problemáticas, v. gr., la llamada prehistoria), que no se invoque contra la narración mosaica. Por todas partes se rebuscan soñados

conflictos entre la ciencia y la Religión. Apenas las ciencias históricas, y, sobre todo, los estudios acerca del extremo Oriente, que hoy tanto prosperan, descubren un hecho nuevo, se apodera de él la crítica impía, para torcerle y adulterarle y convertirle en máquina de guerra. Y en vano son las apologías y refutaciones serias, porque pocos las leen, y muchos ménos estudian la ciencia por la ciencia, sino por apañar piedras que arrojar al santuario. Lo hipotético se dá por averiguado; se confunde lo que es dogma con las opiniones de tal ó cual Padre de la Iglesia ó comentador, que no tenía obligación de saber cosmología ni física, tal como hoy las entendemos; se fingen y fantasean persecuciones contra el saber, mintiendo audazmente contra la historia, y se construyen sistemas exegéticos de pura fantasía, acabando por creerlos ó por aparentar que los cree el mismo que los ha fabricado. ¡Cuánto partido se ha sacado de la disputa de Antioquia para levantar sobre tal fundamento el deleznable edificio del *petrismo* y del *paulinismo*! ¡Dos cristianismos primitivos! Exegetas alemanes hay que dicen con mucha seriedad (y Renan dista poco de darles la razón), que Simon Mago es un mito de San Pedro, á quien inicuamente quisieron maltratar, bajo ese pseudónimo, San Lucas y otros discípulos de San Pablo, que escribieron las *Actas de los Apóstoles*.

Mientras por tales derrumbaderos andan los *científicos*, el arte sin Dios, ni ley, ni luz de ideas superiores, todas las cuales arrastra y envuelve el positivismo en la ruina de la metafísica, se ha arrojado en brazos de un realismo ó naturalismo, casi siempre vulgar y hediondo, alimento digno de paladares estragados por tales filosofías. Después de todo, ninguna sociedad alcanza nunca más alta filosofía ni más peregrino arte que el que ella se merece y de su propia sustancia produce. Ni podía esperarse más vistosa flor ni más sabroso fruto de este moderno paganismo, no culto y maravillosamente artístico, religioso á su modo, y en ocasiones heroico como el de Grecia, sino torpe y bestial como el de la extrema decadencia del Imperio Romano. ¿No está herida de muerte una sociedad en que puede nacer y desarrollarse, no á modo de aberración particular ó desahogo humorístico, sino con seriedad dialéctica, la doctrina *pesimista*, que por boca de Schopenhauer recomienda, no sólo la aniquilación, como los budistas, sino el suicidio individual, y aspira con Hartmann á cierta especie de suicidio colectivo? ¡Cuán horrendo retroceso, no sólo respecto del Cristianismo, sino respecto de la civilización greco-latina, arguyen esas tentativas de budismo y de *religión del porvenir*!

Sólo la Iglesia, columna de la verdad, permanece firme y entera en medio del general naufragio. Quizá está próximo el día en que el mismo exceso del mal vuelva á traer á los hombres á su seno. En vano dirige contra ella todos sus esfuerzos el infierno conjurado, y mueve en contra suya á las potestades de la tierra, que ora expulsan y aun asesinan á sus ministros, ora la oprimen con leyes y reglamentos, aspirando á convertirla en una función, organismo ú oficina del Estado. No ven en su ceguedad que todo ataque á la Iglesia hace temblar y cuartearse el edificio político, y que cuando la revolución social llega y lo arrasa todo, las monarquías y las repúblicas y los imperios suelen hundirse, para no volver á levantarse; pero la Esposa mística de Jesucristo sigue resplandeciendo tan hermosa como el primer día.

CAPÍTULO PRIMERO

I. Consecuencias del advenimiento de la dinastía francesa bajo el aspecto religioso. Guerra de Sucesion. Pérdida de Mahon y Gibraltar. Desafueros de los aliados ingleses y alemanes contra cosas y personas eclesiásticas. Reformas económicas de Orry, hostiles al clero.—II. El regalismo. Ojeada retrospectiva sobre sus antecedentes en tiempo de la dinastía austríaca.—III. Disidencias con Roma. Proyectos de Macanáz. Su caída, proceso y posteriores vicisitudes.—IV. Gobierno de Alberoni. Nuevas disensiones con Roma. Anti-regalismo del Cardenal Belluga. La Bula *Apostolici Ministerii*. Concordato de 1737.—V. Otras tentativas de Concordato, hasta el de 1756.—VI. Noveidades filosóficas. Cartesianoismo y gassendismo. Polémicas entre los escolásticos y los innovadores. El P. Feijóo. Vindicacion de su ortodoxia. Feijoo como apologista católico.—VII. Carta de Feijóo sobre la francmasonería. Primeras noticias de sociedades secretas en España. Exposición del P. Rabago á Fernando VI.—VIII. La Inquisicion en tiempo de Felipe V y Fernando VI. Procesos de alumbrados. Las monjas de Corella.—IX. Protestantes españoles fuera de España. Félix Antonio de Alvarado. Gavin. D. Sebastian de la Encina. El caballero de Oliveira.—X. Judaizantes. Pineda. El sordo-mudista Pereira.

I.—CONSECUENCIAS DEL ADVENIMIENTO DE LA DINASTÍA FRANCESA, BAJO EL ASPECTO RELIGIOSO.—GUERRA DE SUCESSION.—PÉRDIDA DE MAHON Y GIBRALTAR.—DESAFUEROS DE LOS ALIADOS INGLESES Y ALEMANES CONTRA COSAS Y PERSONAS ECLESIÁSTICAS.—REFORMAS ECONÓMICAS DE ORRY, HOSTILES AL CLERO.



OMO no escribo la historia de los hechos políticos ó militares, sino de las revoluciones religiosas, fácilmente puedo pasar en silencio la guerra de Sucesion de España. Y en verdad que me huelgo de ello; pues no es ciertamente agradable ocupacion para quien quiera que tenga sangre española en las venas, penetrar en el oscuro y tenebroso laberinto de las intrigas que se agitaron en torno al lecho de muerte de Carlos II, y ver á nuestra nacion, sin armas, sin tesoros ni grandeza, codiciada y vilipendiada á un